

# PENSAR LA PANDEMIA

## Más allá de la sanidad y la economía

Alberto del Campo Tejedor  
(ed.)



*Dykinson, S.L.*



# **PENSAR LA PANDEMIA**

**Más allá de la sanidad y la economía**



**PENSAR LA PANDEMIA**  
**Más allá de la sanidad y la economía**

**Alberto del Campo Tejedor**  
**(Editor)**

*Dykinson, S. L.*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970/932720407.

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial  
Para mayor información, véase [www.dykinson.com/quienes\\_somos](http://www.dykinson.com/quienes_somos)

Colabora:



© Copyright by  
Los autores  
Madrid, 2021

Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid  
Teléfono (+34) 91 544 28 46 - (+34) 91 544 28 69  
e-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)  
<http://www.dykinson.es>  
<http://www.dykinson.com>

ISBN: 978-84-1377-413-8  
Depósito Legal: M-6680-2021

ISBN electrónico: 978-84-1377-445-9

*Maquetación:*  
[german.balaguer@gmail.com](mailto:german.balaguer@gmail.com)

*A mi madre, que me enseñó la importancia de cuidar*



# ÍNDICE

PRESENTACIÓN LAS SORPRENDENTES CARAS DE LA COVID. REFLEXIONES TRAS EL PRIMER AÑO DE PANDEMIA .....	11
ALBERTO DEL CAMPO TEJEDOR	

## FILOSOFÍA Y ÉTICA

CAPÍTULO 1. VULNERABILIDAD, RESPONSABILIDAD Y SOLIDARIDAD: OPORTUNIDADES EN LA CRISIS. REFLEXIONES A PARTIR DE ZYGMUNT BAUMAN .....	29
ELENA ÁLVAREZ-ÁLVAREZ	
CAPÍTULO 2. LA MUERTE Y SU CORONA EN TIEMPOS DEL COVID-19 .....	47
ALEJANDRO G. J. PEÑA	
CAPÍTULO 3. DESDE LA PANDEMIA A UNA RESPONSABILIDAD COMPARTIDA. APELACIÓN A LA ÉTICA.....	63
JOSÉ EMILIO PALACIOS ESTEBAN Y NURIA CORDERO RAMOS	

## DERECHO Y POLÍTICA

CAPÍTULO 4. CATARSIS O PLASTICIDAD JURÍDICA: EL DERECHO PÚBLICO CONTRA LAS CUERDAS.....	79
GABRIELE VESTRI	
CAPÍTULO 5. LA POLÍTICA, EL ESTADO Y LA PANDEMIA. REFLEXIONES SOBRE CONTEXTOS DE EXCEPCIONALIDAD .....	95
MARÍA ELENA NOGUEIRA JOAQUÍN	

## **ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y PSICOLOGÍA**

<b>CAPÍTULO 6. CONFINAMIENTO, RESIDENCIALIDAD Y HABITABILIDAD: LAS CONTRADICCIONES DE UNA MEDIDA ESTRELLA EN COLECTIVOS VULNERABLES.....</b>	<b>115</b>
FÁTIMA MORALES MARÍN	

<b>CAPÍTULO 7. LA VIDA EN CONFINAMIENTO DE DEPORTISTAS DE ALTO RENDIMIENTO.....</b>	<b>129</b>
JOSÉ CARLOS JAENES SÁNCHEZ, RAFAEL PEÑALOZA GÓMEZ, PABLO GARCÍA GONZÁLEZ, MIRIAM COSTA AGUDO Y PATRICIA ISABEL JAENES-AMARILLO	

## **COMUNICACIÓN Y LITERATURA**

<b>CAPÍTULO 8. LA <i>CORONAVIDA</i> EN FACEBOOK: DISCURSOS EN Y SOBRE LA PANDEMIA.....</b>	<b>147</b>
PURA SÁNCHEZ	

<b>CAPÍTULO 9. LA NARRATIVA EN TIEMPOS DE CONFINAMIENTO.....</b>	<b>167</b>
MARÍA ISABEL RÍSQUEZ NAVAJAS	

<b>CAPÍTULO 10. MARGARET ATWOOD Y LA LITERATURA DE ANTICIPACIÓN DURANTE EL CONFINAMIENTO.....</b>	<b>183</b>
CARMEN VELASCO-MONTIEL	

## **CONTRAPUNTOS CULTURALES**

<b>CAPÍTULO 11. LOS MUNDOS DE LA CUARENTENA. CONDICIONES DE VIDA Y ACCIONES DE ESTADO EN SECTORES VULNERABLES DE LA PLATA Y GRAN LA PLATA EN ARGENTINA.....</b>	<b>205</b>
PATRICIA SCHETTINI	

<b>CAPÍTULO 12. LA PANDEMIA Y SU IMPACTO EN EL TRABAJO DE CUIDADO: RELATOS DE MUJERES DIVERSAS (ECUADOR).....</b>	<b>223</b>
CATALINA MENDOZA ESKOLA Y GLADYS MENDOZA ESKOLA	

<b>AUTORES Y AUTORAS DE LOS TEXTOS.....</b>	<b>249</b>
---	------------

# **PRESENTACIÓN**

## **LAS SORPRENDENTES CARAS DE LA COVID.**

### **REFLEXIONES TRAS EL PRIMER AÑO DE PANDEMIA**

ALBERTO DEL CAMPO TEJEDOR

A finales del 2020 aumentaron las voces –en los medios, pero también en la academia, incluso en la calle–, que no solo hacían balance de ese *annus horribilis*, sino que apostaban por sacar lecciones de un acontecimiento tan drástico que parecía haber sacudido los cimientos de nuestra sociedad y aun del mundo entero. Si la crisis sanitaria, económica y social sobrevinida por la pandemia pudiera enseñarnos algo en relación no solo a las causas y el desarrollo de la covid-19, sino también sobre la cuestión de cómo habíamos llegado hasta aquí como individuos y como sociedad, entonces el coronavirus podría ser tomado como una oportunidad. Probablemente cualquier crisis de calado guarda en su seno la potencialidad de convertirse en un “punto y aparte”, un “hasta aquí hemos llegado”, un “nunca más”, un acicate para el cambio, un revulsivo que permita reconsiderar nuestro estilo de vida, nuestras creencias y relaciones sociales, las estructuras de poder o la capacidad que tenemos para soportar una catástrofe de estas dimensiones, por poner unos pocos ejemplos. La crítica de lo que hemos hecho mal (antes y durante la pandemia), tanto como las propuestas para el mañana, pasan por una reflexión serena de todos los actores sociales y de los diferentes saberes y disciplinas que pueden aportar respuestas a una problemática compleja.

Como arcaico mecanismo de supervivencia, los humanos tendemos a la focalización, es decir, a ocuparnos de aquello que resulta más problemático, dejando en un segundo plano lo que nos parece, en teoría, secundario. Desde luego, lo primero en una pandemia es salvar vidas, y se ha repetido hasta la saciedad que lo segundo es procurar que los que sobreviven a la enfermedad no sucumban al hambre. Sin embargo, salvaguardar la salud y la economía no constituyen en modo alguno los únicos objetivos. Por de pronto, ambos términos engloban aspectos que a menudo pasan desapercibidos. Así, la salud no implica solo evitar los contagios y, en caso de ser infectado, curarse del coronavirus. Las restricciones impuestas por la pandemia han dificultado las relaciones sociales habituales, y todos hemos sufrido de alguna manera, aun cuando no contrajéramos la enfer-

medad. Por otra parte, hay individuos y colectivos más vulnerables; no todo el mundo puede sobrellevar igual el confinamiento, el distanciamiento social, la reducción de contacto. Influyen variables como el tipo de vivienda, de trabajo o las características de cada grupo: ancianos, niños, individuos con enfermedades mentales, etc. La salud no es solo cuestión de evitar el contagio viral; también de que se proporcionen las medidas necesarias para sobrellevar un momento crítico y que las personas no caigan en depresiones o, como se ha constatado, decidan suicidarse ante la angustia provocada por una experiencia a menudo traumática.

No basta la adopción de tratamientos individuales. Localidades que han sido azotadas con virulencia por el virus con multitud de muertes o simplemente aquellas a las que las restricciones impuestas han despojado de algunos de sus momentos del año más importantes –tal o cual fiesta, por ejemplo– o, en otros casos, de su principal fuente de ingresos, parecen sumidas en un manto de tristeza. Desde luego, la salud física y mental se resienten en condiciones en que el estrangulamiento económico no permite albergar esperanzas de futuro: cuando uno sencillamente no tiene para pagar la hipoteca o se ve en la desagradable situación de echar a la calle a la mitad de los trabajadores de una pequeña empresa. De la misma manera que son los más pobres y necesitados –aquellos que no pueden renunciar a trabajos precarios donde no existe suficiente protección higiénica y sanitaria– los que más se contagian y más mueren. La economía y la salud están imbricadas, y ambas lo están también con aquellos aspectos de los que trata la psicología, la sociología, la filosofía, el derecho o aquellas ramas humanísticas que se interrogan, por ejemplo, sobre cómo superamos los problemas y qué obstáculos existen –no solo materiales sino también en arraigadas concepciones culturales– para sobrellevar esta crisis.

Durante el año 2020, a medida que la pandemia avanzaba y trastocaba cada rincón de nuestra cotidianidad, fue quedando cada vez más evidente que no se trataba solo de un fenómeno sanitario y económico. De ahí que el análisis de esa situación crítica no competiera solamente a médicos y economistas, aun si estos fueron durante muchos meses los únicos especialistas a los que los medios y las estructuras de poder pusieron altavoces. Hoy resulta evidente que para comprender el fenómeno pandémico y cómo afecta a nuestras vidas se requiere del trabajo conjunto de otros estudiosos: los politólogos y sociólogos pueden indicarnos qué ha fallado del Estado de Bienestar, de un sistema de salud que creíamos infalible y aun del Estado en su conjunto, que se ha comprobado más apto para tratar epidemias que pandemias. Los antropólogos sociales nos aportan ejemplos de cómo ciertos colectivos de activistas, ONGs y asociaciones de todo tipo se han organizado para paliar las carencias del Estado, mientras los psicólogos advierten de las terribles consecuencias que el confinamiento acarreó a las personas vulnerables o, por el contrario, cómo algunos, mejor preparados, salieron airosos.

Mientras la gente enferma y muere, el filósofo nos obliga a plantearnos si es razonable y útil haber confiado nuestra felicidad al individualismo, al consumismo, o si no hemos de replantearnos que todos somos sujetos frágiles y que solamente en la solidaridad y la responsabilidad colectiva hay una oportunidad para salir adelante. Y aun cada disciplina se interroga sobre el impacto de la pandemia sobre su particular ámbito: el cine, la música, la literatura, los espectáculos. Todo ello tiene su influencia en la salud y en la economía. Pero no solo. Porque una crisis de semejantes dimensiones afecta a todos los ámbitos de la vida. De ahí que tanto para el análisis de lo que ha ocurrido como para las propuestas de lo que podríamos hacer en el futuro para paliar las consecuencias e, incluso, para buscar otras respuestas a los retos que ha planteado la covid-19, sea necesaria la convergencia de los diferentes científicos, académicos y especialistas en las más variadas disciplinas.

Este libro aspira a contribuir a ese propósito y servir como instrumento de reflexión multidisciplinar, en un momento en que la población experimenta cierto hartazgo no solo por la pandemia sino por la manera de narrarla y tratarla, en los medios, en las instituciones, incluso en el ámbito científico. Aunque en el libro se realizan análisis sobre el bienestar o el padecimiento, la mayoría de sus autores no se focalizan en aquellos aspectos que normalmente nos vienen a la mente cuando hablamos de salud y economía. No hay en este volumen ni recomendaciones de tratamientos médicos ni estudios cuantitativos del impacto del coronavirus en el PIB o el desempleo. Sí se habla de la muerte, el sufrimiento, la pobreza, la desigualdad social, la incertidumbre, y también de la esperanza, las motivaciones y aun de las concretas acciones llevadas a cabo por los diferentes actores de esta pandemia, aspectos todos que se vinculan a la salud y la economía. Pero se enfocan desde prismas poco habituales. Porque es importante saber qué tipo de síntomas pueden alertarnos para no morir de la covid-19, pero también, por ejemplo, qué tipo de sentimientos experimentan los que han tenido la desgracia de estar cerca de la muerte o cómo pensamos y recordamos a los muertos en una sociedad que oculta los aspectos desagradables, aquellos que contradicen las ideas de bienestar, seguridad, control y confianza en la ciencia y el Estado. Desde luego es imprescindible conocer el impacto financiero en las pequeñas empresas y los autónomos, pero no lo es menos analizar cómo la gente se las ha ingeniado para sobrevivir en circunstancias extremas, o qué modelo de Estado y de sociedad es el responsable de que el impacto de la crisis haya sido tan tremendo.

La salud y la economía no son tanto ámbitos de existencia sino perspectivas, enfoques. Siempre hay un componente económico en cualquier realidad, pero ello no agota la comprensión de tal o cual medida gubernamental o tal o cual práctica social. De la misma manera, en última instancia todo afecta a nuestra salud (física, mental, emocional, espiritual...), pero sin duda hay otras claves que

permiten comprender el comportamiento humano. Sería tautológico pensar que lo único importante y revelador es que hacemos tal o cual cosa “por nuestra salud”, de la misma manera que no aporta mucho explicar los hechos sociales porque “aumentan la felicidad” y “minimizan el dolor”. Entre otras cuestiones, hay que abordar qué entendemos y qué experimenta la gente por felicidad, por dolor, por salud, por bienestar.

La pandemia ha trastocado ámbitos de la vida insospechados y nos interpela para encontrar enfoques que permitan dar cuenta de aspectos y planos menos obvios que el de la enfermedad y el dinero, por importantísimos que sean estos. El lector encontrará en gran medida reflexiones sobre parcelas de la realidad que han sido ignoradas, ocultadas o postergadas ante la preeminencia de ciertas informaciones, ciertos datos, ciertas preocupaciones y visiones hegemónicas, lo que, por otra parte, no ocurre por casualidad. ¿En qué medida son responsables el Estado, el gobierno, los políticos, los ciudadanos?, ¿es posible reformular nuestro sistema jurídico, nuestros valores y nuestro estilo de vida para armarnos frente a una calamidad de esta envergadura?, ¿son justas, viables, eficaces y oportunas las medidas para frenar la pandemia?, ¿cómo hemos vivido dichas medidas y muy particularmente el confinamiento?, ¿de qué hemos hablado y cómo nos hemos relacionado?, ¿han sido las redes sociales realmente nuestro salvavidas?, ¿qué hemos hecho, leído y pensado durante el primer año de la pandemia?, ¿cómo encarar la enfermedad y el dolor por la pérdida de un ser querido?, ¿hemos respondido a las exigencias con resignación, con espíritu crítico, con creatividad? Y más allá de lo que nos afecta a todos, ¿cómo impacta la crisis en diversos colectivos: los deportistas de élite, los emigrantes indocumentados o los que recogen cartones en la calle?, ¿qué lecciones podemos sacar de las diferentes experiencias y situaciones?, ¿qué modelos podemos reformar, qué prácticas se habrán modificado para siempre, a qué habrá que estar alerta en el futuro?

Estas preguntas, y sus variadas respuestas, aparecen reiteradamente en los textos que conforman este libro. No constituyen exclusivamente el punto de partida de cada capítulo, sino que se encuentran entrelazadas en muchos de ellos. Bajo diferentes perspectivas y disciplinas –la filosofía, la ética, el derecho, la ciencia política, la sociología, la antropología social, la psicología, la comunicación, la filología– los autores de este libro se interrogan sobre cuestiones que resultan verdaderamente poliédricas, y abordan preguntas que no cabe responder simplistamente desde una sola perspectiva. Desde luego, cada capítulo es autónomo y el libro puede leerse escogiendo aquellos textos que interesen, y en el orden que convenga. Sin embargo, es tras su lectura conjunta, cuando encontramos una visión más panorámica y nos damos cuenta de que hay muchas más cuestiones, ideas, problemáticas, hechos sociales y colectivos inmersos en esta crisis, así como que estos están interrelacionados: la pande-

mia es un problema o una oportunidad en función de cómo la pensemos; la muerte es más o menos dolorosa según las diferentes perspectivas con que se aborde; es posible apelar a la crítica contra políticos incompetentes y un sistema social injusto, pero también a la ética y la esperanza; el Estado se ha visto sobrepasado y ha resultado menos eficaz y más rígido de lo que pensábamos, pero también se ha erigido en el principal garante de nuestra seguridad y bienestar; el confinamiento y otras medidas son comprensibles y eficaces, pero no son tan fáciles de cumplir en ciertas situaciones y, en todo caso, resultan contradictorias y paradójicas en muchas otras; mientras algunos se han hundido en los primeros compases de la pandemia, otros han sabido fortalecerse y aun empoderarse en sus principios individuales, pero también en acciones colectivas; aunque la crisis ha mermado en gran medida nuestras actividades de ocio y sociabilidad, también han surgido nuevas formas de creatividad, algunas de las cuales han venido para quedarse; si a pesar de todo hemos seguido comunicándonos por vías alternativas a la presencialidad (por ejemplo, a través de las redes sociales), no está de más verificar críticamente que ni lo hemos hecho tanto como pensábamos ni esas formas virtuales resultan realmente un digno sustituto de nuestras interacciones cotidianas, aquellas a las que no prestábamos atención antes de la pandemia; la crisis ha puesto en la picota a algunos (ciertos políticos) y ha alzado a otros (en general, el personal sanitario), pero es preceptivo también poner el foco en otros grupos, por ejemplo, las mujeres que de manera callada y abnegada se multiplican en el cuidado de las personas, antes y durante la pandemia.

El libro está estructurado en cinco partes, que constituyen en realidad enfoques disciplinares, campos temáticos, perspectivas o ámbitos de estudio. En la primera parte, la filosofía y la ética se unen para realizar un diagnóstico de por qué la pandemia ha resultado un mazazo en nuestras vidas, pero también cómo podemos rehacernos para encararla y enmendar el rumbo. En el capítulo que abre este volumen, la doctora en Teología y profesora de Filosofía, Elena Álvarez-Álvarez, se apoya en tres autores –Bauman, Levinas, Jonas– para describir las quiebras de una sociedad de consumo que no está preparada para afrontar un sufrimiento y un reto de las dimensiones de esta pandemia. El sistema capitalista alienta a que hallemos el placer individualmente, en especial a través de la compra del último producto (y el desecho del anterior), aunque no permite el acceso a ese consumo a muchos grupos, como los jóvenes o los emigrantes. Por otra parte, la sociedad vende un mundo feliz de superabundancia y oculta aspectos inquietantes como la muerte. La pandemia nos ha demostrado que ni somos autosuficientes, ni podemos abstraernos de la enfermedad y el dolor, ni las necesidades se cubren consumiendo. La vida es contingencia, somos inseguros y vulnerables; el sistema social de protección es limitado. Elena Álvarez-Álvarez

propone huir de fatalismos y aceptar esta evidencia como una oportunidad. La toma de conciencia de nuestra propia vulnerabilidad puede hacernos reconocer la del otro y, por ende, suscitar nuestra responsabilidad. La muerte y el miedo nos atrapan por igual, y en esa experiencia de inseguridad colectiva, puede resurgir el imperativo de cuidarnos los unos a los otros y de fomentar los sentimientos de empatía, misericordia, amor. La covid-19 nos evidencia que somos frágiles y que solo podemos encarar los problemas con solidaridad, particularmente con los más necesitados, reconocimiento que nos aleja del ideal de satisfacción de nuestras propias necesidades, la indiferencia hacia el otro y la ocultación de todo sufrimiento. Es hora de cuidar y cuidarnos mirando a la cara a la muerte. Y a los otros.

La muerte o, mejor dicho, cómo una determinada concepción de la muerte puede aumentar el dolor y dificultar encararla en una circunstancia como la pandemia es el tema del capítulo 2, a cargo del filósofo Alejandro González Jiménez-Peña. Por un lado, la pandemia nos impone la existencia inexorable de la muerte y nos impide ignorarla por completo. Por otro lado, la sociedad sigue empeñándose en que la obviemos, la silenciemos y, sobre todo, que no la veamos. La *muerte pandémica* nos sorprende poco preparados para la *muerte cotidiana*, dado que sigue siendo tabú, reconvertida en una *muerte olvidada*. Apenas se nos informa en términos numéricos de los fallecimientos de los ancianos en las residencias (y ello con mucha dilación), y todo conspira para que no salgan a la luz imágenes descarnadas de la tragedia. Los innumerables fallecimientos ponen en duda el carácter salvífico y sanador de los hospitales y nos recuerdan que son también los lugares adonde se va a morir. No hay quien deje de intuir que la muerte higiénica de nuestros hospitales esconde el terror y el sufrimiento de los que han muerto solos. Mientras, la gente no tiene más remedio que volver a hablar de la muerte, aun si la sociedad haya optado por no representarla, no pensarla, no imaginarla. Pero las morgues improvisadas estaban ahí, y perdura el sentimiento de nuestro vecino cuya madre desapareció tras los fríos números del telediario. Pareciera que no se quisiera encarar la contradicción de tanto dolor y sufrimiento en un sistema social que promete un consumismo feliz, una vida tan segura como despreocupada, un mundo naíf y aséptico que no soporta el hedor de los cadáveres ni la imagen de la descomposición. Creíamos que habíamos conseguido olvidar la muerte y el miedo a la muerte. Acaso, cuando pase la pandemia, volvamos a olvidarla y con ella tal vez olvidemos también a nuestros muertos. ¿Pero podremos retornar a esa seguridad tan infantil como falsa de que la ciencia y el Estado nos mantendrán alejados de la guadaña? O, por el contrario, ¿repensaremos la muerte y con ella nuestra fragilidad y aun la certeza de que no podemos controlarlo todo?

Desde luego, invisibilizar la muerte no es una estrategia inocente, como tampoco lo es –a tenor de la reflexión que nos hacen llegar José Emilio Palacios Esteban y Nuria Cordero Ramos en el capítulo 3– cómo el poder intenta camuflar la calamidad de la pandemia como si se tratara de una catástrofe natural. Si se presenta como inevitable, no habría responsables. La pandemia ha destapado ciertas mentiras, como la del increíblemente avanzado sistema nacional de salud que tendríamos. La crisis no solo pone de relieve nuestra vulnerabilidad individual, sino también nuestros problemas en cuanto sociedad, especialmente porque ni la pandemia ni sus efectos son independientes de ciertas políticas que no han ido en los últimos años precisamente a favor de la sanidad pública, el trabajo digno o los derechos humanos. Retratar la crisis como inevitable tal vez sea un vano intento de esconder la ineptitud de los gobernantes, denuncian los autores. Acaso tanta insistencia en la responsabilidad individual de cada ciudadano, tanta noticia de cómo tal o cual grupo se saltó a la torera las restricciones, no sea más que una estrategia para que el dedo acusador no señale a los principales responsables. Tampoco hay por qué dar por supuesto que la gente se resigna a vivir en un mundo tan desigual e injusto, o donde se anteponen los intereses partidistas a las necesidades de los ciudadanos. Los dos profesores especializados en Ética y Trabajo Social se atreven a lanzar propuestas concretas en el terreno de la economía o el trabajo, pero sobre todo sugieren pasar de la indignación a la ética de la disidencia, del reconocimiento hacia el otro que sufre, de la responsabilidad y del cuidado.

Los tres textos que conforman la primera parte tienen en común una visión crítica de la sociedad y aun del sistema político bajo el que se rige. Este último es el núcleo temático de los dos capítulos que integran el segundo bloque. El profesor de Derecho Administrativo, Gabriele Vestri, plantea en el capítulo 4 cómo es el gobierno, y no el poder legislativo, quien interviene en una situación crítica como la que irrumpe con la pandemia. Surge así una especie de “legislación especial”, que a menudo se articula mal con las normas ordinarias. Es entendible que el gobierno disponga de herramientas para, durante un tiempo excepcional, limitar los derechos fundamentales (como la libertad de movimiento), pero resultan más discutibles tanto la forma para dictaminar dichas limitaciones como el alcance de las mismas. Evidentes problemas afloran en relación al reparto de competencias. Algunas Comunidades Autónomas protestan en el primer estado de alarma ya que sus competencias en Sanidad han sido *de facto* anuladas por el Estado central, que toma el mando único. Y ya en el segundo estado de alarma, cuando el protagonismo vuelve a las Comunidades Autónomas, hay quien se queja de que no tiene capacidad jurídica, por ejemplo, para decretar el confinamiento domiciliario, aunque lo considere necesario. Por si fuera poco, la cooperación entre las distintas administraciones no ha sido la ideal, entre otras cuestiones

porque priman en muchos casos los sectarismos y enfrentamientos entre diferentes partidos políticos. A menudo, las confrontaciones se resuelven en los tribunales, que han de interpretar qué tipo de competencias tiene cada cual y qué puede considerarse o no una extralimitación, aun si los diferentes tribunales regionales no parecen ponerse de acuerdo. La pandemia pone de manifiesto así el difícil equilibrio entre las diferentes estructuras y procedimientos de poder, y hace saltar, en ocasiones, las costuras del traje constitucional. La covid-19 ha puesto a prueba el sistema jurídico, que se ha mostrado excesivamente rígido, poco moldeable y ágil ante situaciones de emergencia. Gabriele Vestri sugiere que hay que repensar ese derecho, no solo en relación a las cuestiones técnicas y procedimentales, sino priorizando la resolución de las necesidades humanas que el derecho y los poderes públicos deberían tener como primer objetivo.

En el siguiente capítulo, la doctora en Ciencia Política y profesora de Sociología, María Elena Nogueira Joaquín, encuentra en la pandemia un excelente contexto para pensar la política y el Estado. Este responde ante una situación compleja, cambiante y extraordinaria con mecanismos e instrumentos ideados para situaciones más simples, estables y ordinarias. Como hace tiempo que la mayoría de ciudadanos entiende la política como la acción de gobernar de esos especialistas a los que llamamos políticos (y no, en su acepción amplia, como la regulación de la vida en común con otros y los vínculos comunitarios que surgen), le pedimos al Estado que nos proteja, que nos procure el bienestar y cree las condiciones para volver a la normalidad. Los medios identifican al gobierno central como el actor protagónico y le exhortan a que se rearme, recentralizando competencias. El mando único es efectivo en las grandes decisiones, pero falla en la microgestión. Por otra parte, el gobierno se ampara en el *saber experto* de virólogos y otros científicos del ámbito médico, así como en las recomendaciones de la OMS, como si las resoluciones políticas fueran incontrovertibles, objetivas, científicas. Con todo, criticar al gobierno de turno es necesario, si bien muchas deficiencias del sistema son anteriores al que ocupa el sillón del poder en cada momento. Desde luego resulta a todas luces lógico censurar la pasividad de las autoridades y su lentitud en tomar ciertas medidas. Sin embargo, muchos de los factores responsables del tremendo impacto de la pandemia en nuestro país escapan a sus posibilidades de acción en unos meses. La infradotación de las residencias de ancianos o las condiciones laborales del personal médico no son independientes de las políticas de austeridad, como tampoco la escasa coordinación entre las administraciones es un problema que nace ahora. Tal vez podamos sacar algo bueno de todo esto: la certeza de que invertir en una sanidad pública es una de las esperanzas para reconstruir el Estado de Bienestar, que se ha mostrado en toda su fragilidad. También que es hora de repensar el papel del Estado, la función de los políticos, incluso nuestras propias formas de producir,

consumir o hacer política, si es que los ciudadanos no queremos quedarnos –una vez más– mirando cómo otros con poder construyen la “nueva normalidad”.

Para ello es imprescindible preguntarnos qué ha ocurrido, cómo hemos podido llegar hasta aquí. El coronavirus no surge al margen de los procesos de industrialización alimentaria; la irradiación de la enfermedad a escala global se relaciona con fenómenos como la urbanización y la interconexión de bienes y personas por todo el orbe; el mayor impacto en ciertos grupos sociales (ancianos o pobres) se explica por ciertas políticas que erosionan concepciones como las de bienestar, solidaridad o igualdad. El tercer bloque de capítulos pone sobre la mesa, desde una perspectiva socioantropológica y psicológica, que la pandemia no afecta a todos por igual, pese al reiterativo mantra de que la covid-19 no conoce de clases sociales, oficios, ni territorios. La farmacéutica, antropóloga y profesora de Medicina Preventiva y Salud Pública, Fátima Morales Marín, plantea en el capítulo 6 las contradicciones de aplicar el confinamiento domiciliario sin tener en cuenta la situación de ciertos colectivos vulnerables. ¿Cómo permanecer aislado y protegido en el hogar si el único sustento proviene de trabajos informales en la calle? El *Quédate en casa* resulta un privilegio reservado a los que tienen internet y pueden teletrabajar mientras los hijos siguen estudiando *on line*. Peor aún lo han pasado las mujeres maltratadas que convivían con sus maltratadores o los inmigrantes indocumentados. ¿Hemos pensado que algunas de las frutas y verduras que nos llegaban a casa tras realizar la compra en plataformas digitales fueron cosechadas por inmigrantes que no contaban con las suficientes medidas higiénico-sanitarias y que, restringido el transporte público, tenían que andar hora y media cada día para llegar al campo donde trabajaban? Recabando los testimonios tanto de diversas redes de apoyo, asociaciones y ONGs, como de ciertos sectores desprotegidos (trabajadoras del campo, cuidadoras, personas sin hogar, mujeres maltratadas), Fátima Morales Marín visibiliza el sufrimiento de miles de personas para las que no solo la pandemia, sino también las específicas medidas gubernamentales, han constituido un agravamiento de sus problemas. La próxima vez habrá que recordar que hay quien vive en chabolas sin ventilación ni agua potable o que millones de personas (incluyendo la mayoría de autónomos) no pueden teletrabajar. Habrá que escuchar hoy a quienes han vivido la pandemia en los márgenes, como las personas sin hogar, arrojadas a pabellones donde eran confinadas como si estuvieran en una cárcel; o las que nos relatan que, sin dinero para pagar el alquiler, no tuvieron más remedio que albergarse en pisos con 15 o 20 inquilinos: “El piso donde vivimos solo tenía un cuarto de baño y una habitación, donde dejamos a una chica embarazada, que finalmente perdió a su bebé. El resto dormíamos en el salón (siete personas), sin poder llevar medidas de distanciamiento social, además de que dos enfermaron y nunca sabremos si fue de coronavirus”. Es la cara más oculta no ya de la pandemia, sino de nuestra

sociedad. Parece que el coronavirus sí conoce de clases sociales. Parece que ese Estado de Bienestar que tanto añoramos ni siquiera se contempla para muchas personas que permanecen desasistidas, mientras se repiten proclamas de que “juntos venceremos al virus”.

Claro que la pandemia ha puesto de relieve también cómo ciertos colectivos se hallaban más preparados para afrontar este inusual reto. El doctor y profesor en Psicología de la Actividad Física y del Deporte, José Carlos Jaenes Sánchez, lidera un equipo de investigadores que ha analizado la vida en confinamiento de deportistas de alto rendimiento, título del capítulo 7. Es importante no olvidar que cada grupo tiene sus especificidades, sus problemáticas y que la pandemia ha afectado a cada cual de singular manera. La suspensión de los Juegos Olímpicos generó no pocos cuadros de ansiedad, como también el miedo a perder patrocinadores y becas. Por otra parte, deportistas de equipo como los futbolistas están más expuestos a los contagios. Además, muchas competiciones se suspendieron; los centros de entrenamiento se clausuraron; en algunos deportes, es casi imposible seguir trabajando a buen ritmo (la natación, por ejemplo). Sin embargo, los deportistas cultivan durante años una “personalidad resistente” y se muestran, así, más resilientes que otros grupos ante la adversidad. Ni la rabia ni la frustración estuvieron ausentes, y sin embargo la mayoría se mantuvo activa, entrenando con regularidad, manteniendo el control de peso y musculación, prosiguiendo con sus respectivos sueños para conseguir tal o cual marca olímpica, con vistas a los Juegos Olímpicos programados para el año siguiente. Estos deportistas están preparados no solo para la disciplina, sino que tal vez estén acostumbrados a dar lo mejor de sí mismos en situaciones adversas, de máxima presión. Si en el anterior capítulo se constata que la pandemia afecta sobre todo a los más vulnerables, los autores de este se preguntan si no permite visibilizar también a los más preparados. Naturalmente, también influyeron sus entrenadores, sus respectivas Federaciones deportivas, incluso los psicólogos del deporte. Pero tal vez quepa recordar cómo el deporte fortalece el carácter e introduce rutinas de trabajo, dedicación, esfuerzo y sacrificio que podríamos considerar útiles para otros menesteres.

El confinamiento domiciliario es una oportunidad para comprobar cómo se comportan los humanos en una circunstancia tan extraordinaria y atípica. Por ejemplo, ¿qué hubiera sido de nosotros sin internet? El cuarto bloque reúne textos que analizan diversos aspectos de la comunicación virtual que forzosamente reemplazó a las relaciones presenciales habituales. En el capítulo 8, la filóloga y escritora Pura Sánchez rastrea cómo transcurrió nuestra *coronavida* en Facebook. Mientras el gobierno dirigía la narrativa oficial que metaforizaba la lucha contra el coronavirus como una guerra, surgieron en los periódicos digitales artículos contrarios que discutían la idoneidad de ese discurso bélico y belicista:

estamos ante una catástrofe no una guerra; se requieren ciudadanos, no soldados; y, sobre todo, políticos que gestionen bien lo común, no militares, como los que aparecían en las comparecencias públicas. La mitad de los usuarios de Facebook analizados por Pura Sánchez se mostraron críticos con el discurso oficial y los *muros* de Facebook sirvieron para solicitar el refuerzo de la sanidad pública o para clamar por una sociedad de los cuidados, más solidaria y crítica con el poder. A falta de contactos presenciales, sobre todo las mujeres utilizaron Facebook para expresar diversos sentimientos: nostalgia, incertidumbre, tristeza, pero también esperanza. Los hombres, por su parte, menos dados a mostrar sus estados de ánimo, recurrieron más frecuentemente al humor: “Ya se notan los efectos del confinamiento en mi vida cotidiana: no me sale el emoticono de la cerveza entre los favoritos de WhatsApp”. Pura Sánchez concluye su texto reflexionando sobre las posibilidades y limitaciones de las redes sociales.

Sin duda, el confinamiento domiciliario nos demostró que internet no es equivalente a las relaciones sociales habituales. Sin embargo, sí ha alentado nuevas formas de comunicación, incluso de creación. Con el objeto de recaudar fondos para Médicos Sin Fronteras, un grupo de internautas creó en Twitter lo que María Isabel Rísquez Navajas –autora del capítulo 9– identifica como “hiperficción constructiva”, un tipo de creación colaborativa en que se va construyendo una historia espontáneamente. Así surge Coronaburgo, una ciudad virtual en que los internautas crean y desarrollan diferentes personajes –bibliotecarios, bardos, topógrafos– que se relacionan en un mundo imaginario que se gesta colectivamente mientras el mundo real –el de nuestras interacciones cotidianas– parecía detenido durante el confinamiento. Desde luego no es el primer caso de ciberliteratura ni de un hipertexto con vinculaciones con el videojuego, pero el fenómeno Coronaburgo sí muestra ciertas necesidades humanas que el confinamiento no hizo más que aumentar: queremos no solo narrar historias sino participar en ellas. Tal vez esta especie de juego de rol ha permitido abrir una ventana para paliar la claustrofóbica experiencia del confinamiento. Mientras escritores e intelectuales tuvieron la necesidad de narrar lo que les acontecía en blogs, diarios o artículos periodísticos, otros escogieron participar en tramas virtuales, creando conjuntamente un mundo aparte al que escapar de una vida enclaustrada. Como en la vida misma –la vida sin confinamiento–, en Coronaburgo no hay un narrador ni un orden establecido, sino diferentes situaciones y tramas que se desarrollan simultáneamente. Pasado el encierro, la gente volvió a sus quehaceres cotidianos, a la vida real, que Coronaburgo no puede sustituir. Sin embargo, hay quienes han descubierto otra manera de jugar y comunicarse. No solo en estos juegos de rol. Nos hemos acostumbrado a las reuniones de trabajo virtuales y los adolescentes utilizan más que nunca plataformas como Discord, no solo para jugar sino para “estar juntos” de una manera que nos hubiera parecido de ficción hace unos años.

Claro que el confinamiento sirvió también para recuperar lo que muchos experimentaban que habían perdido con el ritmo de vida acelerado anterior a la pandemia: la lectura. La profesora de Traducción e Interpretación, Carmen Velasco-Montiel, muestra en el capítulo 10 cómo acudimos, en parte, a libros como *La peste* de Camus, mientras buscábamos en internet el significado de palabras como “distopía”. La literatura cumple una finalidad de evasión, lo que explica que la mayoría no optó por lecturas de libros apocalípticos ni relacionados con la pandemia. Sin embargo, es evidente que la covid-19 ha actualizado algunas obras cuyas ficciones ya no parecen tan distantes ni irreales. Es el caso de las novelas de Margaret Atwood. Al analizar los paralelismos entre las situaciones y los personajes de ficción creados por esta autora canadiense y la actual pandemia, nos queda claro que no era tan difícil imaginar hace ya años que podríamos experimentar situaciones como la provocada por el coronavirus. De hecho, este tipo de literatura se nutre de advertencias que ya hacían los científicos años atrás, de noticias periodísticas que alertaban sobre tal o cual peligro, para plantear una “literatura de anticipación” en que podemos vislumbrar lo que ocurre cuando se ignoran los peligros de la manipulación genética o la explotación insensata del medio ambiente. Incluso, dicha literatura nos permite anticipar cómo nos sentiríamos al no poder salir de casa por miedo a contraer un mortal virus. Que la pandemia parece una obra de ficción es ya lugar común en las conversaciones cotidianas. Lo que tal vez ignorábamos es que no solo los científicos alumbraron esa posibilidad, sino también la literatura, difuminando una vez más los límites entre la ficción y la realidad.

La pandemia se ha vivido de manera diferente en cada país, en cada ciudad, en cada pueblo. Y sin embargo, supone también un acontecimiento global no solo por su incidencia mundial, sino porque pone de relieve experiencias, necesidades y anhelos comunes que nos recuerdan que, pese a las singularidades, todos los humanos somos *homo sapiens*. El quinto y último bloque del libro recoge dos textos que nos acercan a cómo ha impactado el coronavirus en diferentes colectivos de Argentina y Ecuador. Aunque este libro esté pensado por académicos españoles y sobre la pandemia tal y como se ha vivido aquí, resultaba imprescindible dar cabida también a alguna mirada de nuestros hermanos latinoamericanos, con los que estamos unidos por algo más que la lengua. La doctora en Ciencias Sociales, Patricia Schettini, se fija en cómo la crisis pandémica ha azotado especialmente a ciertos sectores marginales. Su texto es un buen ejemplo de cómo los científicos sociales han seguido trabajando durante la pandemia en sus respectivos ámbitos de estudio, para dar cuenta de este terrible acontecimiento no solo como crisis sanitaria ni económica, sino –argumenta la autora– como tragedia social. La pandemia ejerce así de foco que visibiliza problemas estructurales que ya estaban ahí antes del coronavirus pero que se muestran ahora con más crudeza. ¿Podemos

permitirnos no ya desigualdades sociales sino sociedades polarizadas de ricos y pobres?, ¿cómo hablar de Sociedad del Bienestar cuando hay quien no accede al agua corriente?, ¿hace falta una pandemia para visibilizar la trágica situación de quienes se ganan la vida en condiciones deplorables en la calle? Consumimos los alimentos de quienes, como los casos analizados por la etnógrafa argentina, no tienen capacidad para protegerse sanitariamente, ni para impedir que sus hijos pierdan el año escolar, al no disponer de internet ni ordenadores en casa. En cada país, la gente se solidariza con los compatriotas, pero se ignora a los que vienen de otros países, habitualmente mucho más desprotegidos. Y aun hay colectivos, como el de los que recogen cartones en las calles de Buenos Aires, a los que el coronavirus impacta con una brutalidad que no se asemeja a lo que hemos experimentado los que pudimos seguir trabajando en casa con un sueldo fijo. Las situaciones son específicas de cada lugar, pero en conjunto la pandemia ha desvelado problemas y quiebras semejantes, como las limitaciones de los actuales Estados o la persistencia de desigualdades sociales que agravan el sufrimiento en momentos de crisis.

El libro se cierra con una aguda aportación de Catalina Mendoza Eskola, doctora en Derecho con formación en Antropología Social, y Gladys Mendoza Eskola, doctora en Medicina y Cirugía, quien se ha enfrentado al coronavirus en primera línea desde un hospital de Cuenca, Ecuador. Sin embargo, el capítulo 12 no versa sobre cómo los médicos han tratado a sus pacientes de covid-19, sino sobre un fenómeno oculto, sin el cual ninguna sociedad funciona: el “trabajo de cuidado”, desarrollado en silencio por una mayoría de mujeres. Desde Ecuador, el texto nos brinda las voces de personas jubiladas que caen en depresión, aisladas ante el temor al contagio, con sensación de culpa por convertirse en personas dependientes de la noche a la mañana y no poder ya echar una mano a sus hijas. O las de las mujeres más pobres, que además de vender alimentos en la calle han de ocuparse de sus niños, doble trabajo que se agrava en una situación de movilidad restringida, y en la que, además, han cerrado las instituciones que se encargan del cuidado infantil para familias vulnerables. Entonces se recurre a otros familiares, siempre mujeres, para que cuiden a los menores. Catalina y Gladys Mendoza no olvidan los testimonios de los que se han jugado la vida en los servicios de cuidados profesionalizados: enfermeras exhaustas que, tras un interminable turno de 24 horas, aún tenían que entregarse a las tareas del hogar, encomendadas a ellas fundamentalmente. Lo que se nos relata desde Ecuador, incluyendo las precarias condiciones de trabajo de las enfermeras, permite comprender que no solo en España la pandemia ha puesto contra las cuerdas a una sanidad pública no tan estupenda como se nos había dicho. Y también que mujer, madre y cuidado conforman un trinomio tan inseparable como invisibilizado, naturalizado, gratuito, aquí y allí.

Sin embargo, hay lugar para la esperanza. La noción de cuidado impulsa también acciones solidarias como la protagonizada por una asociación de afroecuatorianos, al mando de la cual una valiente mujer alienta lo que siempre ha propugnado: que el cuidado empieza por los más necesitados, por ejemplo, madres solteras muy jóvenes, pero también familias emigrantes de Venezuela, aún más pobres y desamparadas. La pandemia ha puesto de manifiesto, así, las experiencias de cuidado impulsadas por mujeres, pero también cómo estas son ignoradas, incluso aprovechadas para que el Estado eluda su responsabilidad. Son ellas las que tienen que realizar el “trabajo sucio”, a menudo sin remuneración ni reconocimiento. Son ellas las que mantienen las redes de solidaridad, frecuentemente con otras mujeres, para poder simultanear los ingresos económicos, la crianza de los hijos, las tareas del hogar y aun el cuidado de otras personas vulnerables. Sus voces nos recuerdan que debemos aprender de una situación tan dramática como la vivida en esta pandemia: “¡Nos queremos con vida, saludables y alegres; nos queremos sin miedos; nos queremos humanos y solidarios!”.

Este sentido solidario es el que impulsa también la iniciativa que da cabida a este libro. La idea, gestada en las primeras embestidas de la pandemia, partió de una doble convicción: la responsabilidad social que tenemos cada cual ante una de las crisis sociales más graves que cualquiera de nosotros ha conocido; y la obligación, en el caso de los profesores universitarios e investigadores, de contribuir con aquello que mejor sabemos hacer: pensar, estudiar, investigar, analizar críticamente, dar a conocer, denunciar, si hace falta. Desde luego se puede arrimar el hombro también económicamente. Así, de hecho, surgió COVID-ROYALTIES, una iniciativa en la que participan autores de libros que donan sus derechos económicos de autor (*royalties*) para recaudar fondos en la lucha contra las consecuencias de la pandemia en algunos de los sectores más afectados (véase [www.covidroyalties.com](http://www.covidroyalties.com)). Pero COVID-ROYALTIES ha servido también para vincular a académicos e investigadores en un proyecto común de estudio de la pandemia, sobre todo desde las ciencias sociales, pero también desde otros ámbitos humanísticos y jurídicos. En enero de 2021 aparecía, así, el libro *La vida cotidiana en tiempos de la COVID. Una antropología de la pandemia* (Madrid, Los Libros de la Catarata). *Pensar la Pandemia. Más allá de la sanidad y la economía* es el segundo volumen de esta iniciativa académico-solidaria.

Es justo agradecer aquí la altruista contribución tanto de los escritores como de los lectores del proyecto COVID-ROYALTIES, y muy particularmente de quienes, como Ricardo Tejedor, han puesto empeño para que la iniciativa pasara de la idea al hecho. Resulta muy gratificante que los colegas integrados en el Grupo de Investigación Social y Acción Participativa (GISAP) apoyen sin fisuras este tipo de proyectos, aun si todo el mundo sabe que el impacto de lo que un ser humano puede llevar a cabo, aun con todas sus fuerzas, nunca es trascendental. Pero,

---

sobre todo, quiero mostrar mi reconocimiento a los autores, hombres y mujeres, de los capítulos que integran estos dos libros. Con generosidad y sentido de la responsabilidad atendieron la llamada que realizamos en su día a la comunidad académica, y se sometieron, en una convocatoria abierta, a la selección de originales que llevó a cabo un comité de académicos independientes. Lamentablemente docenas de propuestas hubieron de quedar excluidas. Desde aquí mis disculpas, esperando que sus contribuciones puedan ser difundidas en otros lugares, y mi gratitud por su esfuerzo y comprensión. Si el primer libro está dedicado a analizar cómo experimentan las personas de a pie la crisis provocada por la covid-19, *Pensar la Pandemia* conforma una mirada diversa e incisiva sobre muy diferentes aspectos de esta crisis que quedan iluminados, discutidos o simplemente sujetos a reflexión, en la certeza de que esta anómala y poliédrica situación es vivida –y ha de ser pensada– *más allá de la sanidad y la economía*.